

El_nuevo_modelo_educativo

(2154 palabras)

Acababa de cumplir veinte años, estaba en el segundo año de la licenciatura en Letras hispanoamericanas y como mis padres eran escritores, parecía que mi destino era la literatura. Había entrado a la universidad más prestigiada del país en el área de literatura, entre mis maestros había brillantes dramaturgos, poetas y ensayistas, estaba disfrutando ese momento. Me gustaba mucho la carrera, pensaba dedicarme a la investigación, por ello tenía muchos planes, sabía que continuaría con estudios de maestría y doctorado porque las oportunidades son para quienes tienen más estudios, esa era mi manera de entender la vida.

Aunque sabía que estaba en la carrera correcta y en la mejor universidad, el gusanito de los jóvenes de la época era estudiar en el extranjero.

Mi vida transcurría entre leer, escribir e ir a antros y fiestas. Como único hijo, el sueldo de mis padres alcanzaba para vivir bien, pero no tanto como para que pudieran pagar mis estudios en el extranjero.

Pero era como una alma volátil y liviana, se me hizo fácil ir tras mi sueño y terminar la carrera en España. El internet permitía acceder a muchas oportunidades, y como joven Milenio –como se llamaba en aquella época a los muchachos que emergían del nuevo milenio relajados y ávidos de aventuras-, era atrevido y hábil en el manejo de las tecnologías, así que logré ser aceptado en una universidad en Cuenca, España y con una beca bastante decente. Mis padres se sorprendieron de mi habilidad para conseguir la beca, me dijeron que ellos me iban a apoyar

económicamente con lo que faltara. Hice los tramites y empecé el tercer año en otra universidad.

Estaba enamorado de mi vida, me compré una motocicleta y los fines de semana recorría el país, porque viajar era parte del atractivo de estudiar en el extranjero.

La universidad en realidad era muy parecida a la anterior, los maestros eran buenos y el programa y la forma de evaluar similar, entendía perfectamente las rutinas escolares, había que leer y hacer ensayos, resúmenes y cuestionarios. Si hacía lo que pedían no había problema, siempre fui un estudiante que no sufrió por la nota, sabía disciplinarme, y lo hacía. La diferencia en España era la libertad, me sentía un aventurero tras el cofre del tesoro. Ya no tenía que dar explicaciones a mis padres cuando llegaba tarde o no llegaba. Y aunque no eran de esos padres represores, si tenían más reglas de las que pensaba soportar.

Rápido se ve el año escolar, en las vacaciones programé un viaje a Francia, dicen que me encontraron en un acantilado, inconsciente, mis padres llegaron al otro día. Estuve en un hospital, me vieron varios especialistas y todos dijeron que estaba en estado de coma y que no sabían si despertaría.

Mis padres decidieron gastar todo lo que habían reunido en veinte cuatro años de casados para mantenerme vivo, no hubo duda o desacuerdo, creo que si no me desconectaron no fue porque les faltara valor, sino porque no podían matar la ilusión de tajo. Mi cuerpo, aunque inerte, todavía se sentía palpitante, y eso los convenció de que estaba anclado al mundo.

Las visitas que recibía de familiares y amigos en el hospital pronto mermaron, al poco tiempo, solo quedaron como mis fieles espectadores mis padres y abuela,

pero cuando ésta murió, una soledad de más de veinte años presenciando un cuerpo inmóvil los convirtió en costras humanas, como dos duros trozos de carne que llegaban como hechizados a una prisión perpetua.

Hacía años que habían perdido la esperanza, pero nunca se lo confesaron, no querían desilusionar al otro. En las visitas, solo se les ocurría leer en voz alta para acallar la soledad. Cada vez me leían con menos pasión a los autores clásicos, y contemporáneos. Al principio, lo hacían porque estaban seguros de que podía oírlos, y lo disfrutaría, y que podría, de alguna manera, conectarme con la realidad. Pero con los años las ilusiones se gastaron, y solo una inercia caduca los llevaba diariamente de su trabajo hacia el hospital para presenciar el mismo espectáculo: un maniquí parecido a su hijo.

Ninguno de los dos volvió a escribir ni una palabra de ficción, su realidad les había trituraba el ingenio y demolido la razón. Ahora daban clases sin pasión para poder pagar la estadía de su hijo en un hospital de cinco estrellas.

El personal del hospital se jubilaba, se cambiaba de trabajo, se moría y ellos permanecían inamovibles, día tras día, esperando algo, pero sin saber qué.

Tras veinticinco años de estar en coma, llegó fin a la espera, gracias a los avances médicos de la época, desperté en el año 2049. Los médicos llevaban tiempo buscando la cura, pero mi caso era muy complejo por el tiempo que tenía en esa condición, les daban pocas esperanzas a mis padres. Pero ciencia había logrado avances solo imaginados en las películas de ficción más ambiciosas, ni a Julio Verne se le hubiera ocurrido construir el mundo del 2049. Así que esos magos, finalmente pudieron despertarme. Y aunque mi cuerpo era un esqueleto petrificado a una carne chiclosa, tras meses de regeneración a base de lo que llamaban

mineralización de los tejidos volví a caminar, a hablar y a recordar. Mi caso fue un reto para los médicos, pero se interesaron y lograron lo imposible: que no fue despertarme, sino que mis padres volvieran a vivir.

En las evaluaciones neuronales descubrieron que durante la coma podía escuchar, ya que conocía una enorme variedad de libros clásicos y contemporáneos, algunos recientes; y era imposible que los hubiera leído. Pero no podía recordar que mis padres me los habían leído. No los recordaba a ellos, pero sabía muchas situaciones que mis padres vivieron en mi ausencia, sucesos que ellos platicaban delante de mí. Y que yo desde una especie de inconsciente-presente alcanza a escuchar.

Al despertar y recuperar la conciencia de lo que había vivido, lo más doloroso fue ver a mis padres como una fotografía apergaminada de lo que fueron, porque sus rostros no habían envejecido como el de las demás personas, ellos eran diferentes, parecían vivos, respiraban, comían, pero tenían las emociones entumecidas, encarnadas. Su risa era moribunda, ya no sabían como reír, solo enseñaban los dientes como si fueran espectros sonrientes. Su cara, como si fuera transparente, de alguna manera, mostraba todas las horas que esos ojos, frente y comisuras de los labios habían llorado. Se quedaron tatuadas en su rostro las marcas de ese llanto abundante y sonoro de los primeros años, que al pasar del tiempo, solo era un sollozo resignado, tenue y callado.

Tras horas de terapias, me recuperé y mis padres, me propusieron terminar la carrera universitaria, ellos me aseguraron:

– Se te va a facilitar, vas a ver como conoces más obras literarias que tus maestros.

Y como no sabía qué hacer con mi vida, pues lo único que había hecho cuando estaba despierto era ser estudiante, y con más miedo que ilusión: regresé a la universidad. La licenciatura en Letras hispanoamericanas seguía vigente, casi con el mismo programa, por eso las autoridades educativas –muy comprensivas– pudieron reinstalarme. Además era muy conocido porque se había hecho famoso mi caso.

Como me esperaba, muchas cosas habían cambiado; ya no era el veinteañero risueño e intrépido, ahora era un hombre maduro y las huellas visibles de la edad delataban mi cansancio.

Yo creía cuando tenía veinte años que era un aventurero, pero los años perdidos me quitaron ese vigor, ahora me daba miedo salir de la casa, y hasta estar dentro de ella. Era un hombre viejo, miedoso y viviendo con sus padres. No me atrevía ni a utilizar los electrodomésticos porque se encendían solos, ya no existía ni la clásica lavadora o licuadora, mucho menos la televisión, computadora o celular. Todo tenía vida propia, y mis padres como magos, con hábiles movimientos de manos en el aire, cambiaban el libro, periódico, carta o imagen que aparecía en el aire. De sus dedeos salían rayos de colores que cambiaban las páginas, pero ya casi no leían, porque una voz leía y les resumía todo. Las palabras e imágenes aparecían y desaparecían en el aire, brincando indiferentes a mi estupor. Ellos trataban de enseñarme pero yo me resistía porque me sentía desvalido ante tanta tecnología. Mi mamá me decía:

–Hay hijo, no te pongas duro, mira mueve tu dedo así, y sólo se enciende el programa, estás peor que hace cuarenta años que te enseñé a escribir. Te voy a poner hacer planas de bolitas y palitos para que sueltes la mano.

Salir de casa era como ir a la guerra, solo lo hacía con ellos porque no sabía como trasladarme en el transporte aéreo, ni adónde ir o qué hacer.

Los medios de transporte eran vehículos aéreos, mi vieja universidad considerada Patrimonio cultural de la humanidad, se había convertido en una desafiante obra arquitectónica, los salones de clases tenían paredes digitales y la biblioteca no contenía libros impresos, sino miles hologramas.

Mientras mi cerebro dormía, la tecnología había transformado a la sociedad; las industrias, la agricultura, los medios de comunicación y transporte, eran una nueva realidad enloquecedora.

Finalmente regresé a la escuela, nunca sentí mas miedo que el primer día de clases, no entendía de donde salían las voces y colores que se escuchaban en el aula, y mis compañeros, curiosos me bombardeaban con preguntaban:

– ¿Qué se siente estar en coma, recuerdas algo? ¿Tenías erecciones? ¿Sueños eróticos? ¿Las enfermeras te atacaban sexualmente? Y aunque eran amables y trataban de enseñarme como funcionaba el aula, mi cerebro y mi mano no armonizaban.

El maestro de Siglo de Oro Español, sólo señalaba con su dedo la pared y como si fuera magia los sonetos de Garcilaso aparecían verso a verso, y él mismo poeta los leía con una voz ronca y pausada; me explicaron mis compañeros que con una aplicación se podía recuperar la voz original de todos los escritores:

–Mira, la última novedad, señala con el dedo y gira hacia la derecha conectando la parte frontal de tu cerebro con la nube y puedes oír a Cristo en la última cena, Jjajjaja. O ver a los Neandertales fornicando, jjajjjajjaja, eran unos campeones.

Mis compañeros reían por todo, era como si la risa fuera una extensión del habla, un verdadero milagro; descubrí que el mayor prodigio humano de esa época no estaba en los avances de la ciencia sino en el descubriendo de la esencia humana.

Durante un mes estuve tratando de adaptarme, pero sin lograr entender como funcionaban las rutinas escolares, pero sobre todo las nuevas formas de leer y escribir. Por supuesto que ya no había cuadernos, ni plumas, todo se hacía en el ciber-espacio, como decían mis compañeros. Tenía años que se había prohibido la tala de arboles, los documentos oficiales que se querían conservar se imprimían en una especie de papel plástico, que no venía de los arboles, sino otra materia prima. Las sillas eran reclinables e inteligentes, daban vuelta automáticamente para ver lo que se encendía en las paredes y el techo, había que coordinar los movimientos de 360 grados para controlarla, y no lo lograba, mas de una vez me sentí mareado. Me imaginaba como si estuviera en el observatorio, había que cachar en que pared las imágenes que se prendían, e identificar quien las escribía, porque todos podían con el movimiento de algunos de sus dedos poner imágenes, o letras, y además lo hacían constantemente, era como una guerra digital. Las voces que escuchaba no sabía si eran de mis compañeros o de las imágenes.

Todo me parecía una una locura, una broma, o quizás todavía seguía en el sueño profundo del coma.

Los maestros eran puntuales, amables y siempre estaban dispuestos a platicar, y aunque me parecían más abiertos y cercanos a los maestros de mi era, si observé que seguían siendo la guía de la clase y quienes organizaban las actividades.

Realmente el ambiente escolar era mejor que el que recuerdo, las risas libres forman parte de la dinámica diaria, no estaban restringidas, no se sentían como burla o falta de respeto, porque reír era lo más natural. Tampoco vi malas intenciones contra algún compañero, o que estuvieran agrupados por clases sociales o culturales, eso sí fue una sorpresa para mí. Lo que hace años parecía imposible la nueva escuela lo había logrado: una escuela feliz. Quizás éste fue su mayor avance.

Cuándo me preguntaban sobre qué lo que más me gustaba de esta nueva universidad, les contestaba: – Que todos ríen y a nadie expulsan del grupo. Y ellos les sorprendían de mi respuesta.

Sin embargo, aunque el ambiente lo percibía agradable, no podía adaptarme a tantos cambios, quizás regresé muy pronto a la universidad, pero mis padres creyeron que sería más fácil incorporarme a la sociedad como estudiante, pero no fue así, había días que eran como cuando estaba en la primaria, les decía a mis padres que me dolía la cabeza y que no quería ir, ellos sabían lo que pasaba, y como lo hacían casi cuarenta años atrás, me dejaban quedar en casa.

Me sentía forastero en mi mundo, no era como un niño sorprendido con cada descubrimiento tecnológico, sino que experimentaba un sentimiento de orfandad generacional. Cada día me convencía de que no podría adaptarme a la nueva vida escolar, y que lo mejor que podría hacer era esconder mis temores en el anonimato de mi habitación. Ya estaba pensando cómo explicarles a mis padres que abandonaría de nuevo la universidad y que ahora mi aislamiento sería por un coma voluntario, cuando el maestro de lírica española – al igual que hace veinticinco años-

espetó con una voz autoritaria que reconocí de inmediato y que me dio la certeza que necesitaba para sentirme en casa:

–Para evaluar el módulo de poesía van a **responder un cuestionario de 100 preguntas para mañana.**

Esa expresión fue definitiva, ahora si que desperté de mi coma, la escuela, seguía siendo la escuela que yo conocía, me di cuenta de que lo más significativo, seguía igual. Así que reaprendí a reír y lo practiqué con tesón, entregué los resúmenes, cuestionarios y ensayos necesarios para terminar la licenciatura 27 años después.